

## Cuatro estampas de Silva

Escribe: RAFAEL MAYA

El mozo tiene apenas veinte años, un poco corridos, y acaba de llegar de Europa. Es bien plantado, y una barba incipiente le enmarca el rostro, de notable palidez, y hace resaltar la nariz aguileña, pero muy proporcionada. Viste con alguna afectación, a la última moda de ultramar, y fuma incansablemente cigarrillos de boquilla dorada, lanzando el humo con estudiada indolencia. Posiblemente aspira a ser un Alcibíades criollo, en esa Santa Fe amodorrada, a la cual ha regresado después de dos años de ausencia. ¡Qué hastío de ciudad! Calles estrechas y generalmente sucias, por donde discurren acequias que solo llevan desperdicios y que, de vez en cuando, se arremansan formando charcos verdosos donde, por la noche, cantan monótonamente las ranas. Faroles municipales de luz siempre agonizante, que arrojan sobre las paredes las sombras fantasmales de unos pocos transeúntes que caminan envueltos en sus capas. Campanas plañideras a todas horas del día. "Aguadoras" que arrean sus asnos cargados de "múcuras" que contienen agua del chorro de *Padilla* para abastecer a los habitantes. Caballeros que por las tardes discuten en el atrio de la catedral. En fin, una vulgaridad desesperante. Nuestro joven se ha refugiado prontamente en su casa porque allí, por lo menos, encuentra lujo y comodidad. Allí respira ese aire de distinción de que necesitan sus nervios fatigados, que todavía conservan la vibración de ese París universal donde ha disfrutado de todas las experiencias. Se llama, por desgracia, José Asunción, como su tío abuelo, nombre que le parece antipático, pero que tiene que soportar, como soporta cierta desviación del pie izquierdo, que no llega a la deformidad bayroniana, pero que le tuerce el tacón del zapato. Ahora descansa en el salón de la casa que le ha sido asignado para que instale su escritorio y su biblioteca. Hay, también, sillones antiguos y confortables, armarios de procedencia colonial que resuenan al abrirlos y que dejan escapar un noble aroma de cosas viejas. Igualmente abundan objetos de chillona modernidad, sin destino aparente, pero que contrastan con la lustrosa vejez de los otros muebles. Pero el recién llegado no se acomoda del todo ni en su casa, ni en la ciudad, ni en esa habitación. Es un desadaptado. La causa no reside, como pudiera pensarse, en los dos años de vida europea, demasiado fugaces, sino en su propia organización espiritual, que reclama las cosas excepcionales. Lo

“raro” tiene para él más encanto que las experiencias normales de los sentidos. Así pudo confirmarlo en París, leyendo *A rebours*, de J. K. Huysmans, el libro que más avasalló su fantasía. Esto lo lleva a examinarse interiormente. Tiene la manía del análisis. ¿Qué encuentra en los vericuetos de su conciencia? En primer lugar, manías ancestrales, como cierta obsesión por la muerte o, más claramente, por el suicidio, obsesión que rechaza con todas las fuerzas de su alma, pues por ahora, su instinto se agarra a la vida como una zarpa. Advierte igualmente, que lo dominan el gusto por el lujo y por una ociosa ensoñación que lo hace odiar la vida práctica. Posee una tremenda receptividad sensual y sus nervios exigen siempre distensiones enervantes. Su cerebro es como un laboratorio. Desea saberlo todo, experimentarlo todo, vivir muchas vidas en una sola. Pero de acuerdo con su maestro Mauricio Barrés, que lo ha iniciado en ciertos métodos introspectivos, su primera necesidad es afianzar su “YO”, con mayúscula, pero este “YO” se le desvanece en un mundo de delirios imaginativos. ¿Quién es él, finalmente, y qué desea? ¿Qué finalidad tiene su existencia?

De pronto aparece, en un sitio despejado de su panorama interior, una preocupación dominante. Será un escritor, un artista, un poeta. Será un hombre muy culto, acaso un pensador. Pero, ¿qué clase de poeta será en Colombia, viviendo, como vive, a fines del siglo, y teniendo a la espalda una tradición que no le entusiasma, y parte de la cual se halla representada por su propio padre? Porque, efectivamente, José Asunción ha crecido en un ambiente literario, y ha visto de cerca, en su propio hogar, a los escritores más notables de la época. Los “cuadros de costumbres” lo han envuelto, literalmente, en su atmósfera abigarrada de localismo pintoresco y está fastidiado del *Niño Agapito*, de la *Niña Agueda*, del *Remiendito* y de *La tienda de don Antuco*. Toda esa literatura, que él estima demasiado casera, no puede servir de centro a su “YO”, que debe ser excepcional. Ya la palabra “modernismo” ha comenzado a sonar en sus oídos y empieza a sospechar que ser modernista no puede consistir en otra cosa que parecerse a los poetas “decadentes” o “malditos” a quienes leyó en París, es decir, un Arturo Rimbaud, un Tristán Corbière, un Mallarmé, un Paul Verlaine. Estos serán sus orientadores, pues lo ligan a ellos múltiples afinidades espirituales. Comprende Silva, por otra parte, que en el fondo de su temperamento existen viejas raíces románticas que no ha podido extirpar. La muerte, el pasado, los niños, las campanas, los paisajes brumosos, la nostalgia de amores imposibles, todo eso palpita en el fondo de su ser y aspira a encarnar en formas artísticas. Pero allí está el problema. Necesita de formas nuevas para expresar ideas viejas, tan viejas como el alma humana. Y él entiende por “forma” no solo la cuestión exterior de los ritmos, sino algo más: una visión nueva de las cosas, que las haga salir, intactas y felices, del fondo mismo de la imaginación creadora. Entonces, para hablar secamente tiene que realizar el tránsito de lo romántico a lo modernista. Allí está la revolución.

José Asunción se siente satisfecho porque ha encontrado una clave para lo que aspira a realizar. Por esos días han comenzado a germinar en Hispanoamérica, en el orden literario, inquietudes desconocidas. Por allí

apuntan un Díaz Mirón, un Julián del Casal, un Gutiérrez Nájera, que cantan como ruiseñores de otros climas en la maraña tropical. El, José Asunción, se siente más poeta que todos ellos. Además, ha viajado y ha leído muchos libros. El joven bogotano, antes de acostarse, abre un libro de Barrés: *Bajo la mirada de los bárbaros*. Definitivamente, él pertenece a los otros, es decir, a los civilizados.

## ESTAMPA SEGUNDA

José Asunción comienza, en el silencio de su cuarto de estudio, a revolver las maletas que ha traído de Europa. Todavía nadie sabe nada acerca de su regreso, con excepción de dos o tres amigos íntimos. Saca ropa finísima: pañuelos que ha de sacudir delante de las damas para que se esparsa el perfume de ese París tan difícilmente abandonado; trajes de corte elegante, comprados en Londres; docenas de guantes olorosos; algunos retratos de mujeres y, sobre todo, libros, muchos libros, todos ellos en ediciones costosas. Los va colocando amorosamente sobre un estante apropiado. Brillan los títulos dorados, impresos en el lomo de cada volumen. Ha leído algunos de ellos, pero la mayor parte están reservados para las horas de tedio o de descanso que le aguardan en esa Santa Fe medieval, donde pululan frailes y beatas por calles y plazas. Sabe que tiene que asistir al almacén que posee su padre en la tercera Calle Real y que se verá obligado a vender zapatillas y *corsets* para las señoras; pero no quiere pensar en eso, por ahora. Ahora solo le preocupan los libros. ¿Qué libros son estos?

Primeramente aparecen los *Ensayos de sicología contemporánea*, de Bourget, libro que le fascina porque estimula sus facultades analíticas. Allí encuentra un estudio sobre Baudelaire que viene a confirmar sus sospechas acerca de la posición central del poeta de *Las flores del mal* en relación con el pensamiento contemporáneo. Baudelaire siempre le dio la impresión de un animal extraño, algo así como esas arañas fantásticas que pintó Odilon Redon, con ojos humanos y apéndices de pulpo, y que él pudo contemplar en París, en una galería de exposiciones privadas. Aparecen después las novelas de J. K. Huysmans, un Baudelaire de la prosa, que dio muerte al vulgar naturalismo creando la estética de lo artificial y de lo exótico en la figura de Des Esseintes, a quien envidia en el fondo del alma. Viene en seguida Verlaine, el de las músicas inefables, y luego el noble y altísimo Mallarmé, que solo escribe para unos pocos iniciados, en estilo cabalístico, rompiendo la lógica del lenguaje, para descubrir extrañas correspondencias entre las palabras y el pensamiento. ¿Y cómo no haber traído a Nietzsche, que asoma por allí, representado en *¿Así hablaba Zaratustra?* Silva ya ha leído varias veces este libro, y admira varias cosas: en primer lugar, la magnificencia del lenguaje, no superada por nadie en Europa durante muchos años de literatura; después, su doctrina del *Super-hombre*, que arrasa toda moral fundada en esclavitud y servidumbre, y erige a la voluntad de superarse como árbitro del bien y del mal. La rebeldía de Silva contra el medio social en que lucha, su aristocrático desdén por lo que el mismo filósofo llamaba

“la canallería moderna”, y su cesárea ambición de predominio, todo ello le hace amar al hombre que cercó de frases relampagueantes la montaña de su aislamiento. Silva ignora el alemán, pero conoció a Nietzsche en una traducción francesa y se empapó de su doctrina a través de los estudios de Brandes, que ya empezaba a ser conocido en Europa.

Todavía faltan muchos libros por colocar en su respectivo puesto. Aparece Guyau, con sus estudios sobre la función social del arte y sobre la moral de Epicuro. Estos estudios reúnen, a la penetración intelectual, propia del filósofo, la gracia del estilo, y Silva deduce que Guyau logró juntar la gravedad teutónica de un profesor de Königsberg y la levedad brillante de un normaliano helenizado. Allí está *La filosofía del arte*, de Hipólito Taine, que abre nuevas perspectivas a la crítica estética, y que Silva ha leído asistiendo a una especie de deslumbramiento interior ante el arte supremo de ese maestro incomparable, que infunde nueva vida a las estatuas y a las figuras de los lienzos, de donde deduce el espíritu de una época. Y también Renán, tan poeta como sabio, a quien pudiera darse como emblema un tulipán de las Tullerías entrelazado con una espiga evangélica. Acaba de salir Pierre Loti, por quien percibe Silva ráfagas de exotismo y cuya nostalgia de marino enamorado del oriente concuerda con actitud añorante de Silva ante el pasado irrevocable. Y, ¿dónde dejar a Melchor de Vogüé que lo inicia en el conocimiento de la literatura rusa y pone delante de sus ojos la formidable figura de Tolstoy, cuya novela, *La guerra y la paz*, le robará muchas horas de sueño? Y luego los grandes críticos del siglo, Faguet, Giraud y Lemaitre, que convertirán la crítica literaria en una verdadera ciencia del espíritu, reforzando el análisis con todas las adquisiciones de la historia y de la sicología.

José Asunción se fatiga un poco en esta labor de clasificar sus libros, y resuelve colocarlos, por lo pronto, desordenadamente, mientras llega de nuevo la hora de organizar en serio su biblioteca. Los libros son la única razón de su vida porque ni siquiera el amor ha logrado cautivar su voluntad. Experiencias eróticas ha tenido muchas, pero eso le ha enseñado —sin necesidad de leer a Lucrecio— cómo de la fuente misma del placer emana un hálito maligno que envenena el alma. Pero los libros, en cambio, le han infundido muchas vidas, al ponerlo en contacto con el pensamiento del pasado. El soplo de las culturas antiguas refresca su espíritu. El lo asimila todo con pasmosa facilidad, pero, en el fondo, no tiene verdadera apetencia de sabiduría sino simple curiosidad de sibarita, que quiere enriquecerse con experiencias más que con verdades. La verdad, en sí misma, le deja indiferente. Lo que ama es la emoción del conocimiento, es decir, la sorpresa que le ocasiona toda noción inédita mientras no es substituída por otra más llamativa. No hay sistema ninguno en su entendimiento, que aspira a conocerlo todo, aun las cosas más opuestas entre sí, siempre que pongan a vibrar alguna cédula de su cerebro. Todo, aun las nociones más abstractas, se convierten para él en sensaciones dolorosas, que ponen a funcionar la máquina de sus nervios. Es un atormentado, pero un atormentado silencioso, que en algunos días ostenta cierta palidez espectral que sólo sabe interpretar su hermana, la confidente.

## ESTAMPA TERCERA

Se acerca a los treinta años. Precoz en todo sin haber tenido propiamente infancia ni juventud, pues muy temprano tuvo que hacerse cargo de la casa, por muerte de su padre, y entrar de lleno en la vida de los negocios, parece ahora un señor maduro y con más años de los que realmente tiene. Viste con suma elegancia, acaso con afectación, y ha dejado cerrar la barba en torno de su rostro. Una hermosa barba, pulcramente cuidada, que da a su rostro un notorio parecido con la efigie del Lucio Vero que se encuentra en las salas del Louvre, parecido que ya fue notado por alguno de sus amigos eruditos. Tiene fama de excéntrico y de pedante pero esto no lo desvela porque, por otra parte, tampoco quiere "epatar" a los burgueses. De los burgueses necesita para sus negocios y por eso, precisamente, oculta su condición de poeta. Muy pocas son las personas que conocen sus versos y sus cuentos. Para sus conciudadanos desprevenidos, José Asunción es un hombre de mundo a quien muchos consideran ligeramente desequilibrado a causa de sus rarezas personales. Pero del alto poeta que lleva adentro no sospecha nada el llamado "público". Sus festines líricos son íntimos. Unos pocos amigos, en torno de una taza de té, he allí lo único que necesita este hombre sensible y refinado. Afuera, que sople el viento de la incomprensión, que murmuren las comadres, que se rían los banqueros. Nada importa. A estos convites de la amistad y del talento solo deben entrar los iniciados en las liturgias del arte nuevo. Silva oficia con fervores de neófito. Para el nuevo evangelio literario que va a predicar él mismo ha redactado algunos episodios maravillosos.

José Asunción se acomoda en una amplia y mórbida silla, dentro de la cual desaparece casi por entero, dejando que apenas sobresalga la cabeza de medallón antiguo. Enciende un cigarrillo, da un sorbo a una taza de té, y empieza la lectura de un poema que ha titulado *Vejeces*. Los amigos aplauden al final, pero dos de ellos, acaso los más avisados, a quienes llama la atención el tono nuevo de esos versos: Baldomero Sanín Cano y Emilio Cuervo Márquez, ambos tratan de investigar el secreto, y piensan: ¿Qué habría sido de este tema tratado por alguno de los poetas románticos que andan por allí, por ejemplo Pombo, o por algunos de los contertulios de la "Gruta Simbólica"? E imaginan fácilmente el resultado de esa experiencia poética. En cambio —siguen pensando— este Silva, que está allí medio sonriente y que se prepara para leer otro poema, ha acumulado en torno del gastado tema de las cosas viejas una serie de asociaciones exquisitamente escogidas en el mundo aristocrático de la frivolidad y de la galantería. Cartas de amor, atadas por una cinta; guantes olorosos; ramilletes de flores marchitas; trajes que lucieron en las fiestas de otros días; espadines y casacas de caballeros empolvados; frascos vacíos que contuvieron esencias embriagadoras; abanicos ya oxidados, que crujen al ser abiertos de nuevo; y en fin, otras muchas sugerencias por el mismo estilo que indican la intromisión de un elemento enteramente nuevo en la lírica colombiana. En esa manera de levantar un tema trillado y muy propenso a los lugares comunes, hasta el plano artificioso de las sensaciones mórbidas y exquisitamente amortiguadas, en eso reside el

arte nuevo de Silva. La sensibilidad, que juega con los matices, ha reemplazado al sentimiento, que emplea colores crudos. Silva lee después *La ventana*, *Nupcial*, *Luz de luna* y sus atentos amigos declaran que nada de lo escrito anteriormente en el país se parece a esas melodías confidenciales que tienen tanta sugestión como música. Entonces Sanín Cano alude a la teoría de Guyau acerca de lo bello y lo poético, que no son lo mismo, según el crítico francés, pues lo bello hace relación a la forma, y lo poético a lo que esta forma sugiere. Lo bello está en lo que se ve, lo poético en lo que solo se deja vislumbrar. Todos concluyen que el encanto de los versos de Silva reside, precisamente, en esto último. Para Guyau esa es la verdadera y única poesía, afirma, finalmente, Sanín.

Silva, después de estas oportunas observaciones, se atreve a hablar de "simbolismo" palabra que algunos de sus oyentes no entienden bien, o entienden solo a medias. El explica lo que quiere decir simbolismo y les habla de Mallarmé, que formuló la estética de esta escuela, estética que se reduce exactamente a lo que ya Guyau había proclamado. Nombrar las cosas es matar su encanto. Esfumar sus contornos y entreverlas en una especie de ensoñación mística, eso es definir las poéticamente. Silva comprende y ahora sí lo comprenden también sus amigos, que él es un "simbolista". Esas tristezas vagas y esas ternuras anónimas que palpitan en el fondo de su ser, no pueden ser traducidas en el lenguaje plástico de algunos poetas coloristas sino por medio de balbuceos melódicos para ser dichos "al oído del lector". Todos sus poemas tienen algo de susurro o de brisa que recoge, al pasar, aromas de jardines, suspiros de alcobas, silencio de cipreses. Nada definido ni concreto, porque su inteligencia ama la media luz, y en medio de ella, como en medio de un crepúsculo ceniciento, hace aparecer una extraña luna, que lo diluye todo en una agonía de mariposas nocturnas.

Silva ha consumido muchos cigarrillos y bebido muchas tazas de té. Examina el rostro de sus amigos y encuentra en cada uno de ellos evidentes señales de admiración y gratitud. No es poca cosa ser los confidentes de un hombre superior que solo para ellos descubre las intimidades de su espíritu. Con todo, no está contento con su obra. El aspira a una especie de poesía pura, casi sin lastre intelectual, que traduzca su música interior por medio de palabras inefables. Ya ha encontrado algunas como *húmedo*, *lánguido*, *místico*, *heráldico*, *pálido*, que serán la clase estilística de sus ritmos verbales. Sus amigos se pierden en la noche santaferreña, poblada de fantasmas como la soledad de un eremita.

#### ESTAMPA CUARTA

Esta es la última noche del poeta. Nadie sabe que este joven, que tiene apenas treinta años, pero que ostenta una madurez superior a su edad, ha resuelto quitarse la vida por su propia mano. Ha habido fiesta en su casa y Silva se ha portado como perfecto hombre de mundo, atendiendo a las damas, diciendo agudezas y remedando a los hombres de la política en parodias perfectas. Cerca de la media noche se despiden los invitados. Silva sale a la puerta de su casa provisto de una lámpara, bajo

cuya luz contempla, por última vez, los rostros de sus mejores amigos. Extrema las demostraciones de afecto con Cuervo Márquez, con Hernando Villa, con Rueda Vargas, con Arias Argáez. Después entra a la casa y sigue derecho hacia su habitación. Cierra la puerta y comienza a pasearse, consumiendo cigarrillo tras cigarrillo. ¿Qué ha sido su vida? Nada, en comparación de lo que imaginó que podía ser. Fracasos, humillaciones, tropiezos, y sobre todo, pobreza, esa pobreza a la que teme más que a la muerte porque significa la degradación social. Han sido treinta años de guerra consigo mismo y de lucha con el medio ambiente, con alternativas de optimismo y de confianza, con tránsito de la oración a la blasfemia, con instantes de júbilo y horas de lamentable depresión. Su temperamento inestable lo ha traicionado siempre. Su sicología se ofrece como una síntesis paradójal de sentimientos contradictorios. Su conciencia ha sido como una galería de espejos que han reflejado, por distintos aspectos, su identidad humana. En la agitación que lo invade ya ni siquiera la memoria le sirve como lazo de unión entre imágenes tan diferentes.

Sin embargo, hay algo que recuerda con tremenda lucidez: ¡es la muerte de su hermana Elvira! Vuelve a verla en mitad del salón, hundida en el ataúd forrado de raso y a la luz de unos cirios parpadeantes. Vuelve a sus labios el verso de Petrarca, que entonces le dedicó: "La muerte misma parecía bella en su rostro". Toda la hermosura de la tierra parecía transparentarse en la lividez de aquella perla humana, ahora destinada para adornar los crespones del sepulcro. Recuerda Silva que en homenaje a la hermana muerta, y añorando los paseos que ambos hacían por la sabana de Bogotá, en noches de luna y acompañados por el querido Sanín, escribió aquel *Nocturno*, que la gente se ha acostumbrado a parodiar ignominiosamente. El divino preludeo fue convertido en canción de carnaval. Pero, ahora ante la idea de la muerte, hasta el sentimiento de esa profanación se convierte en piedad. Todo es pequeño para Silva ante la infinita mudez que lo aguarda y que él quiere romper con un pobre grito de protesta.

¿Qué será del navío que lo conducía de Caracas a Bogotá y que naufragó frente a las costas colombianas? ¿Se habrá hundido del todo? Allí pereció casi toda su obra literaria sin publicar. Al abismo rodaron versos y prosas con toda su música. Así resonarían los cantos de Orfeo en el infierno.

¡Tiene que morir! Un revólver viejo hallado en cualquier cajón de su alcoba va a poner final al drama. Sobre la mesa de noche queda un libro manuscrito que contiene copia de algunos poemas salvados, y los borradores de una novela que ha redactado febrilmente, y que es su testamento literario. Esa prosa nueva, llena de color y de plasticidad, más poética que sus mismos versos, delicadamente sinfónica y, en ocasiones, recargada de ornamentos como una catedral bizantina, esa prosa será el legado que Silva les deja a las letras castellanas. Y ese *José Fernández*, que figura como protagonista de la mal llamada "novela" es decir, de *Sobremesa*, será una semblanza suya, apenas estilizada, pero henchida de sus propios deseos y ambiciones, y profundamente reveladora de lo que aspiró a ser, de lo que quiso realizar y de cuanto constituyó su ideal como

poeta y como hombre. Sobre la ruina de sus sueños y de su vida levantó la figura de ese José Fernández, que es su *alter ego*, vale decir, un Silva a quien la gloria rodeó de poderes para conjurar a la muerte.

Se recuesta en el lecho después de haberse desembarazado de la chaqueta, del cuello postizo y de la elegante corbata. De pronto lo asalta una idea espantosa. ¿Y Dios? ¿Y la eternidad? Muy poco ha pensado en estas cosas durante su vida. Ha sido un temperamento reacio a las preocupaciones metafísicas. La muerte siempre ha estado presente en sus versos, pero como un acabamiento de todo, sin ulteriores consecuencias. Morir no es ni siquiera integrarse a la primitiva sustancia del universo, sino regresar a la nada. Así lo cree firmemente. Algunas emociones religiosas de su infancia pasaron sin dejar huella en su conciencia. Casi nunca rezó ni entró a las iglesias. Tuvo todos los apetitos de la vida, pero esta exaltación fue cerebral, pues muchas veces tuvo que conformarse con satisfacciones mediocres, robadas a la mezquina realidad. ¿A qué seguir viviendo? Si no es posible conformar la vida con nuestro sueño, como decía el magnífico D'Annunzio, ¿qué objeto tiene este combate de sombras, que es la existencia humana? José Asunción mira por última vez los objetos que hay en su alcoba y detiene los ojos en la brillante cerradura de la puerta que mañana ha de rechinar para anunciar el duelo de la casa. Fuma el último cigarrillo, con lentitud, y se compara con la ceniza y con el humo. Ha pasado la media noche. Su cerebro permanece lúcido, pero su mano obedece a un movimiento mecánico. Suena el disparo, pero nadie se despierta en la casa, y a la calle estrecha y silenciosa no sale ni un eco de la detonación. Santafé duerme. Ha muerto un señor llamado "Silva", pero este muerto comienza a vivir al día siguiente de su desaparición con vida tan poderosa, que la historia le abre paso. Y él avanza cargado de atributos simbólicos, como todos aquellos que han sabido renovar la vida del espíritu.